

Concepción Marxista del Hombre

Disertación pronunciada con ocasión de la Escuela de Verano organizada por la filial del Instituto Popular, en Valparaíso.

Clodomiro Almeyda

(Conclusión)

II

Hemos intentado bosquejar la imagen del hombre, tal como se presenta para quienes se esfuerzan por superar las contradicciones de la sociedad capitalista en el sentido del socialismo. Esta visión del hombre no se forja mediante una pura elaboración teórica, sino que pretende asentarse en la práctica social y arrancar de las tensiones de la vida real, los rasgos que configuran a lo humano plenamente realizado.

Así perfilado el esquema de lo humano total, este plano se nos revela como la superación del antagonismo entre lo social y lo individual, como la supresión de la oposición de la actividad teórica y la práctica en una síntesis integrativa que las contiene; como la conquista de la verdadera libertad mediante el conocimiento y el dominio de la necesidad, como la realización de la auténtica fraternidad y como el advenimiento de la justicia, entendida ésta como la correspondencia entre lo que el hombre concreto entrega al todo y lo que recibe de él.

Como lo dejamos dicho, todos estos valores supremos que el marxismo quiere ver realizados en la vida, fueron primero aprehendidos por el hombre en forma alienada, como entidades inhumanas y abstractas, como atributos de los dioses, como realidades celestiales a que el hombre no podía aspirar en su existencia terrenal.

Fue con la llegada de los Tiempos Modernos, y con la revolución espiritual que redescubrió al hombre en la época del Renacimiento, cuando la razón burguesa se propuso conquistar en la tierra el Paraíso, y hacer de este mundo el verdadero escenario donde debían encontrarse y realizarse los ideales superiores,

que hasta entonces aparecían privativos de Dios.

Y el hombre moderno quiso primero ser libre. Para ello combatió sin tregua durante siglos al orden tradicional, para liberar al hombre de los lazos y vínculos que lo amarraban en la Edad Media al status jerárquico del feudalismo y le señalaban un lugar fijo en el concierto existencial.

Quiso que el hombre pudiera desplegar libremente sus potencialidades, desconocidas por un orden que lo constreñía y lo limitaba, impidiéndole hacer lo que a él le plugiese.

También quiso el hombre moderno vencer a la ignorancia, y alcanzar la sabiduría mediante su fiel obediencia a los mandatos de la razón natural, verdadera luz interior destinada a iluminar el camino del progreso y a llevar de la mano al hombre hacia superiores destinos.

Y también quiso alcanzar la igualdad, esa igualdad que desconocía un sistema cerrado como el medioeval, para quien los hombres permanecían adscritos a un status fijado desde su nacimiento, en razón de la sangre, de su tierra, de la voluntad divina, lo que los distinguía de sus semejantes para toda la vida y para siempre, colocándole eternamente por encima o por debajo de sus semejantes.

Y también quiso el hombre moderno lograr la fraternidad humana, conseguida de resultas al obediencia del individuo a las prescripciones de la razón universal, que nos enseñan cómo armonizan los intereses humanos, si el hombre se ciñe a las pautas racionales de convivencia.

La Revolución burguesa quiso realizar todo aquello. Pero lo hizo, no en nombre de la

humanidad auténtica, sino del hombre burgués, del hombre tal como la sociedad de la época lo había engendrado, un hombre aislado y egoísta, para quien su bien concreto se conseguía como consecuencia del triunfo sobre el otro burgués en la competencia o de la explotación del trabajo de los desposeídos. No fue el hombre absoluto quien se fue forjando al calor de tales ideales y quien devino, en su agente promotor. Fue el burgués propietario.

Y en la medida que el orden moderno engendraba más propietarios, desarrollaba el sentido individualista de la existencia y estimulaba el aspecto egoísta del hombre, en esa medida, menos libre era el mundo que de esa manera se gestaba, menos racional resultaba el sistema económico social que se construía.

Ya a principios del siglo diecinueve, la burguesía había falseado el sentido inicial de su gran postulación revolucionaria. Cuando se trata políticamente de hacer imperar la democracia, el derecho a elegir no pertenece ya a todos los hombres, sino a los propietarios. Sólo éstos saben lo que les conviene, porque tienen intereses que defender y conocimientos para descubrir el mandato de la razón. Los desposeídos no saben, y no saben porque no tienen. ¿Cómo pueden llegar a saber lo que conviene al hombre, si se encuentran todavía envueltos en la ignorancia y si por carecer de todo no tienen por ello interés en nada?

La democracia burguesa nace así castrada y limitada. El sufragio es el sufragio censitario. Votan los propietarios, a quienes se presume sabios y racionales.

El sufragio universal no fue, pues, obra de la burguesía, sino del proletariado, que lo conquistó reciamente en largas y sangrientas luchas, durante cruentos decenios, a mediados del siglo diecinueve. La burguesía no supo ser consecuente con lo que ella reclamaba. Y no porque sí, sino porque su propia perspectiva de clase le impedía interpretar la sociedad de cualquiera otra manera que no fuera como un conjunto de propietarios libres y presuntivamente racionales en su conducta.

La burguesía perdió casi al nacer la confianza en el pueblo. Ya durante la Revolución francesa, —con la reacción termidoriana e incluso antes, con el despotismo ilustrado, que permitió y estimuló a los filósofos del iluminismo ensayar sus experimentos sociales aprovechando el aparato de la monarquía absoluta—, la burguesía demuestra inequívocamente que se frustra desde sus co-

mienzos su demanda de igualdad democrática y su aspiración al gobierno del pueblo, como depositario de su absoluta soberanía.

Pero si bien muy pronto la burguesía dejó de creer en el pueblo, no abandonó tan luego su creencia en la razón y en la ciencia. Como el pueblo era ignorante, no podía ser el gran elector ni el adecuado gobernante. Además no era responsable, porque la responsabilidad sólo la tiene quien compromete algo en su acción. Y el pueblo a más de ignaro, es indigente y desposeído. Como tal no puede ser tampoco responsable y por ende no puede gobernar.

Mientras en el plano político esta línea de pensamiento condujo a la teoría del sufragio censitario y restringido, en un plano más abstracto, este pensamiento llevó al aristocratismo intelectual de Augusto Comte.

Si el pueblo no sabe y es incapaz de actuar como ser racional, consecuentemente, solo quienes saben, quienes son doctos y dominan las técnicas de la acción social, sólo ellos tienen derecho a mandar. Comte postula entonces la necesidad de que una nueva aristocracia, la aristocracia del saber, reemplazara a la aristocracia de la sangre, como entidad gobernante. Estamos de nuevo, al lado de Platón, y no es rara la coincidencia. También Platón fue el ideólogo de las clases dominantes, temerosas de la anarquía a que conducía el democratismo imperante en su época.

Pero el afán comptiano de dirigir a la sociedad por la vía de gobierno de los sabios se frustró también. Ya el pueblo, el incipiente proletariado, había conquistado un poder relativo y la burguesía hubo de conformarse con ir cediendo al impulso de las masas, que tomaron en sus manos la consigna del sufragio universal y no tardaron en imponerlo y hacerlo aceptar a regañadientes por las clases propietarias. Tampoco fue eterna la fidelidad burguesa al racionalismo. La sociedad emergida de su obra revolucionaria, como ya se ha expresado, no resultó racional. Sus contrasentidos e inconveniencias no tardaron en manifestarse. La burguesía pronto dejó de creer en la racionalidad de la sociedad en su conjunto, pero conservó su creencia en la racionalidad del mercado. Sólo el mundo económico le pareció inteligible en la medida que leyes objetivas lo gobernaban. Y todo su esfuerzo racional lo concentró en el análisis económico, en la fundamentación del orden burgués y capitalista. Se empeñó en demostrar que este orden era el mejor de los po-

sibles. Se olvidó que en la época anterior ella sostuvo que todo cambiaba y que nada había eterno. Ahora es el orden económico burgués, el orden eterno y natural. Pero más allá de la economía, del capitalismo y del mercado, la burguesía ya no cree en la virtualidad de la razón. Precisamente cuando fue desterrado cada vez más Dios de su campo, la burguesía comenzó a necesitarlo para encontrar algún soporte sólido a sus nuevos intereses y creencias.

Al no necesitar a Dios, la ciencia se tornó materialista e iconoclasta. Paradójicamente, entonces la burguesía se volvía idealista y conservadora. Desde fines del siglo diecinueve, en un proceso ininterrumpido, la burguesía se ha ido alejando de sus viejos amores por la razón científica, con unos u otros pretextos, pero todos en fin determinados por el cambio de su papel objetivo en la sociedad.

Mientras requirió del escalpelo impertinente de la razón para analizar y criticar con frialdad la sinrazón del feudalismo y del orden tradicional, lo usó con audacia e insolencia. En la medida que el escalpelo amenazaba con dejar al desnudo su propia situación de predominio social, en esa misma medida, fue dejando en el desván de los objetos inservibles el maravilloso instrumento que tanta utilidad le prestó anteriormente.

Pero, por otra parte, la razón burguesa ya no podía comprender al mundo nuevo. Este mundo se mostraba tan absurdo a los ojos de la razón abstracta, que ello justificaba sus celos y explicaba el olvido en que le iba dejando.

Pese a que la abstracta razón burguesa ya a fines de siglo había mostrado, por su parte, sus propias e intrínsecas limitaciones y sufría los ataques que desde la derecha ideológica le formulaban neokatianos, empiristas e irracionales, de diferente cuño, el común de los hombres de Occidente todavía continuaba creyendo en ella y en la racionalidad del sistema social que con su ayuda se había construido. La humanidad vivió entonces largos lustros de relativa paz. Los adelantos técnicos incrementaron violentamente la productividad del trabajo y la incorporación del mundo periférico al orden europeo a través de la explotación colonial, proporcionó nuevos y crecientes recursos al Occidente, que mantuvieron y prolongaron su actitud optimista. Pero poco duró este clima de progreso, racionalidad y bienestar de fines de siglo. La primera guerra mundial se encargó de echar por tierra la confianza, que todavía perdura-

ba, del hombre europeo, en su orden social, en sus valores, en su razón y en su progreso.

No sólo se vino abajo la gran ilusión del progreso indefinido; también cayó el ídolo de la fraternidad humana. El hombre se vio de repente ante el abismo de la muerte y de la guerra; se enfrentó a violentas crisis económicas y todo el enorme e imponente edificio de la economía contemporánea amenazó derrumbarse estrepitosamente sin que la vieja ideología burguesa pudiera explicar la catástrofe ni menos aún proporcionar eficaces respuestas a sus males fundamentales.

El mundo del período entre dos guerras vio germinar y desarrollarse con extraordinaria rapidez, intensidad y amplitud a toda suerte de irracionales, que algunos adelantados suyos ya habían defendido antes de 1914 con genial lucidez de clase, pero que sólo encontraron terreno propicio para prosperar en la post-guerra.

Los ex-combatientes y los desocupados de la época no creían en el orden ni en la razón burguesa. No necesitaban de libertades formales, sino reclamaban el derecho a la vida y al trabajo. Sobre tal condición humana prevaleciente en Europa, se desarrolló el fascismo. Como ideología, esta tendencia es un pseudoantitesis del racionalismo burgués. Hace la apología de la violencia, desconoce y niega todo el poderío a la razón, rebaja el nivel de la existencia humana al plano de lo simplemente biológico, donde cada ser es enemigo vital del otro, donde prima la ley del más fuerte, la ley de la selva. El grito de Mussolini. "Ay de los vencidos"; la célebre exclamación de Millán Astray "Muera la inteligencia" y el racismo zoológico, como fundamento de la pretensión del pueblo alemán para dominar al mundo, son eloquentes muestras del sustrato pseudoideológico que subyace en el fascismo europeo. El mando y el dominio, no necesitan ahora, para la burguesía devenida en fascista, de ninguna fundamentación racional. No es el pacto social ni tampoco la posesión de la razón, el fundamento del poder político. Manda el que vence, el que triunfa, el que es más fuerte y se impone a los demás en la lucha de unos hombres sobre otros. Hitler es el Führer, el conductor, no porque fuese elegido por nadie, ni porque contase con el apoyo de la mayoría de sus conciudadanos, ni porque sus ideas fuesen mejores que las de los demás. Hitler tiene derecho al mando porque triunfó sobre sus competidores. Por la misma razón, Alemania debía dominar al mundo, porque se suponía que era el pueblo más fuerte,

más poderoso y el eventual vencedor en la pugna mundial entre las potencias.

Tal es la filosofía fascista del hombre y de la sociedad. La negación del viejo humanismo burgués, pero, al mismo tiempo, la ideología o más bien dicho, la pseudoideología de esa misma burguesía en un momento en que se encontró desesperada, sin salida, y sin creencia racional alguna, y en que necesitó apelar a la violencia, como la única razón para apuntalar su sistema, y al éxito físico y bélico como el único valor deseable y absoluto, cuya consecución autoriza el uso de todos los medios, por ilegítimos que parecieran a la conciencia humana.

El seguidismo de las burguesías, o de parte de ellas al fascismo, señala el punto más bajo de la degradación histórica de esa clase social. Al elegir el camino fascista, la burguesía niega uno por uno los valores en que otrora creyó y que pretendió realizar.

Porque el fascismo no sólo niega a la razón, sino también a la libertad, que no tiene sentido sin la razón que la ilumine. El hombre no es más libre que lo que lo es el animal que sufre la imperiosa esclavitud de las leyes naturales. Sólo las leyes biológicas gobiernan al hombre. Sólo la ley de la selva va a determinar el destino de los pueblos y de los individuos. La libertad es un mito, la ciega necesidad natural es indomable.

Y para qué hablar del ideal fraternalista de la vieja burguesía. Los fascistas no sólo advierten que el hombre es, en esta sociedad, enemigo del prójimo, sino que hipostasian hasta lo absoluto este rasgo inhumano de la actual humanidad y pretenden erigirlo en señal insuperable y distintivo de todo lo existente. Nos encontramos de nuevo con el "homo homini lupus" de Hobbes, pero con una diferencia: mientras para el pensador inglés esa realidad era triste y superable, para el fascismo, esa realidad es alegre e insuperable. Hay que vivir peligrosamente y morir con alegría, pregonaba Mussolini. El hombre tiene que conformarse como ser animal y vivir como tal. Tal es el trasfondo pesimista e inhumano del fascismo.

El fascismo fue derrotado en la segunda guerra mundial, en su proyección política más conspicua. Pero mientras subsistan en algún rincón condiciones sociales semejantes a las que lo hicieron aparecer, subsistirá también la tendencia del hombre desesperado e incrédulo, en esta sociedad en decadencia, a caer como víctima de quienes le abren una ilusoria perspectiva de vida, a través de la apología de la muerte y de la destrucción, como lo hizo el fascismo en su pleno apogeo.

La segunda post-guerra vio emerger una postura espiritual de la misma índole en determinados estratos sociales, aunque con distinta proyección política. Nos referimos al llamado existencialismo, reacción también contra la decadente razón burguesa, pero incapaz de superarla. Allí también el hombre rechaza la vía racional, para anonadarse en la contemplación de la nada y en la espera gratuita de la muerte. El mismo pesimismo enfermizo que caracteriza al fascismo, se advierte en el fondo de la postura existencialista.

La hipocresía, la artificiosidad y el formalismo de la vida burguesa, son rechazados por los existencialistas, pero al no querer vincular este rechazo a la lucha por un mundo mejor, se hunde el existencialismo en la mera crítica casuística del orden burgués, desde el punto de vista del individuo aislado, perdiendo de vista que la superación de este orden sólo puede lograrse merced a la acción social, racionalmente dirigida en pos de la liberación del hombre genérico, como único camino que puede asegurar al individuo su supervivencia y florecimiento en un nivel superior de existencia.

Hemos reseñado hasta aquí la trayectoria del humanismo burgués, singularmente en su medio europeo, desde el momento que el hombre renacentista se plantea la necesidad de lograr la felicidad en la tierra, hasta la hora aciaga en que a través de los irracionismos, el burgués moderno abandona cabalmente su pretensión humanista y se resigna a ser una mera fuerza biológica sujeta a las leyes inmisericordes de la vida y de la muerte, ajenas a toda racionalidad, a toda justicia, a todo valor auténticamente espiritual.

Una trayectoria distinta sigue el pensamiento burgués en otro gran escenario histórico del capitalismo, los Estados Unidos. Aquí el proceso de capitulación del humanismo burgués frente a las ideologías inhumanas se produce siguiendo un derrotero diferente, aunque en sustancia determinado por la misma dirección histórica.

Se ha insistido y con acierto, en destacar el papel que jugó en la formación espiritual de los Estados Unidos la religión puritana, que había abrazado el principal núcleo de los colonizadores ingleses y que luego se difundió en sus rasgos fundamentales por toda la nación.

El puritanismo es, en cuanto a su perspectiva filosófica, una posición de compromiso entre la ideología feudal y la concepción individualista burguesa del mundo. Recoge de esta última su rechazo al dogmatismo es-

colástico y proclama como todas las corrientes protestantes, el libre examen de los textos sagrados, en consonancia con el carácter racionalista del pensamiento burgués en general. Pero prolonga en una forma novedosa el sello conservador de la ideología feudal, con su famosa creencia en la predestinación. Para los puritanos, como para todos los calvinistas, el destino del hombre en la otra vida, su suerte definitiva, se encuentra determinado por la voluntad divina. Hay algunos hombres a quienes Dios ha llamado para compartir desde siempre con El la vida eterna después de la muerte, y hay otros que desde que nacen han sido abandonados por el Ser Supremo a su suerte y estarán definitivamente, por voluntad suya, ausentes de la posesión de Dios en la otra vida.

Esta predestinación de los hombres por Dios, es un resabio de la concepción medieval del mundo, en cuanto determina un destino fijo e inmutable a los hombres, frente al cual nada puede la voluntad humana. Los elegidos irán al cielo; los preteridos al infierno. La rigidez y la jerarquía del pensamiento medioeval y de su orden social se refleja todavía en esta irrevocable y también rígida asignación a los hombres de un destino por decisión divina. Por eso decimos que el puritanismo como ideología es una posición de compromiso, que contiene algunas notas propias del radical individualismo racionalista de la burguesía naciente, pero que conserva rasgos tradicionales muy acusados, como esta pesimista creencia de la predestinación, que contrasta con el optimismo radiante de otras corrientes del pensamiento burgués. Quizás se refleja en esta posición de compromiso, la conciliación objetiva que desde el comienzo se advirtió en Inglaterra entre la nobleza feudal y la burguesía, compromiso que explica el tono singular que adquirió después la evolución institucional y política inglesas.

Ahora bien, para el puritanismo y, en especial para el puritanismo norteamericano, hay un medio de poder, en esta vida, advertir y descubrir cuál es el destino que Dios le ha señalado a cada individuo. Los elegidos por el dedo de Dios se distinguen en la tierra, porque tienen éxito, porque triunfan, porque se elevan sobre los demás. Y este éxito, este triunfo, se entiende en la manera burguesa en su sentido económico.

Son los ricos, los que triunfan en los negocios; los grandes potentados, quienes merecerán el cielo. Su éxito en la tierra sirve para que cada hombre pueda descubrir su destino. Los pobres, los fracasados, son los réprobos.

Ya saben los miserables que han sido olvidados por Dios, que no tienen salvación posible y que su única suerte en esta vida está en soportar mansamente su despreciable destino. Nada sacan con rebelarse contra la voluntad divina. El Todopoderoso los ha rechazado, de manera tan gratuita como eligió a otros hombres para ser sus compañeros en la vida eterna.

Los ricos, para el puritanismo norteamericano, son los elegidos de Dios. No sólo vencen aquí, sino que precisamente su triunfo terreno, es una muestra de su venturoso destino en la eternidad. La riqueza terrenal aparece así santificada. Y no es pecado, en consecuencia, luchar por conseguirla. El ascetismo de los burgueses tiene un contenido místico, su éxito económico tiene un alcance religioso. Para los pobres, sólo cabe hacerles más llevadera su existencia terrena mediante la filantropía. Pero ellos, los pobres, pertenecen a otra categoría humana, la de los olvidados para siempre de la mano de Dios.

Esta concepción del mundo concuerda con la valoración singular que la conciencia norteamericana concede a la actividad económica. Explica la pasión que se pone en el éxito en los negocios, ya que el triunfo en este terreno sirve para que podamos descubrir nuestro destino final.

Y esta valoración de lo económico se comunicó después a toda la comunidad americana y, puritanos o no, todos los habitantes de los Estados Unidos han sido arrastrados por esta concepción del hombre, que aunque siendo esencialmente injusta e inhumana, coadyuvó eficazmente al desarrollo pujante e impetuoso del capitalismo en ese país.

Trasladada esta doctrina del plano de los individuos al de las naciones, se convirtió en la teoría del "destino manifiesto". También los pueblos elegidos por Dios, son los que triunfan y vencen. De allí que los éxitos económicos y políticos de los Estados Unidos son la muestra inequívoca de que Dios quiere que los Estados Unidos desempeñen en el mundo un papel rector. De ahí que sus victorias expresan su destino de nación dominante, así querido por designio inescrutable del Todopoderoso.

Toda la política norteamericana de fines de siglo y de comienzos del presente, se presenta impregnada de esta convicción religiosa en el destino manifiesto y superior de los Estados Unidos. De ahí su desprecio por los débiles, por los negros, por los pobres.

Vemos como en esta forma, recurriendo a la tradición espiritual puritana, la burguesía

yanqui ha justificado su papel dominante en el país y su política imperialista internacional.

Lejos está su pensamiento de aquél que inspirara a los revolucionarios burgueses radicales, que en Europa lucharon contra el orden feudal. Aquí la burguesía inmigrante encontró el espacio vacío, sin señores feudales, ni tradición medioeval, y sus ideólogos, más que afirmar y fundamentar teóricamente una pugna contra el pasado, que no tenía sentido, se aplicaron más bien a defender y justificar las nuevas formas de explotación y de opresión imperialista que fue generando el pujante desarrollo de la economía. Y la religión puritana les sirvió de inmejorable instrumento para ello.

Bien se comprende cómo este arsenal ideológico del hombre medio americano, cómo esta particular religiosidad que lo impregna, le ha servido y le sirve para emprender con sentido mesiánico sus tareas políticas. Cuando los americanos ahora se aprestan a defender al mundo libre y a la civilización occidental, lo hacen cual cruzados, convencidos de que están con ello defendiendo la causa de Dios, porque ellos son el pueblo elegido. Por otras vías y con otras formas, se advierte la misma finalidad reaccionaria que en el fascismo, pero que por los caracteres de su circunstancia histórica, asume otro carácter y se presenta revestida con otro andamiaje conceptual.

Más, en sustancia, hay un mismo trasfondo en ambas tendencias ideológicas. El mismo, en la medida que tanto para la doctrina del "destino manifiesto" como para el irracionalismo fascista, es el triunfo material el que justifica el dominio sobre las masas y sobre los pueblos; el mismo, en la medida que tanto para uno, como para otro, la escisión de la sociedad en clases es un hecho fatal e insuperable. Con la diferencia que para la variante fascista es la legalidad biológica, reinando en la humano, la responsable de nuestra naturaleza, mientras que para la conciencia burguesa americana, es Dios el que ha querido que la humanidad sea alienada y dividida, ya que utiliza precisamente esa discriminación, entre los hombres y las naciones, para poner en evidencia sus designios de proteger y salvar a los unos y de abandonar y condenar a los otros.

En los días que vivimos, hay una tercera corriente dentro del pensamiento de las clases dominantes, que está desarrollándose ampliamente y está sirviendo mejor que las anteriores para justificar la mantención

del orden establecido. Nos referimos al catolicismo, o más bien dicho, al neo-catolicismo.

En efecto, es un hecho notorio y evidente que la Iglesia Católica está promoviendo en nuestros días con insistencia y con relativo éxito, el renacimiento de la anacrónica concepción tradicional del mundo, propia de la Edad Media y que corresponde por tanto a etapas de desarrollo social ya superadas definitivamente.

La explicación de esta aparente incongruencia es, sin embargo, sencilla. Ya expresamos nosotros cómo la concepción tradicional del hombre, que en Occidente se encarnó en la teología judío-cristiana, fue sustituida con el advenimiento de los Tiempos Modernos, por la cosmovisión optimista de la burguesía, racionalista e individualista.

Pero con la crisis del capitalismo, con la manifestación evidente de la irracionalidad y la anarquía del mundo moderno, con las querrelas desencadenadas entre clases, naciones y continentes, se vino abajo también esa concepción optimista y progresista del burgués moderno. Ya dejamos dicho como se perdió la fe en la razón ante la irracionalidad aparente del universo social.

La forma más característica que tomó en la primera postguerra el irracionalismo, fue la modalidad fascista, con mucho parentesco con el existencialismo de la segunda postguerra. Pero luego, frente al inmenso peligro que para el Occidente capitalista significó y significa el impetuoso avance del mundo socialista y la magnitud alcanzada por la revolución colonial, no fue ya sólo la pequeña burguesía, la que sintió temblar bajo sus pies al viejo mundo burgués, sino el núcleo mismo de las clases dominantes, vio y ve amenazadas las estructuras en que descansa su predominio social. Y estas clases en Occidente, no pueden simplemente dar vuelta el rostro al mundo objetivo, para encerrarse en el aislamiento y abandonarse a la crítica sofisticada, como pretenden hacerlo algunos sectores marginales de la sociedad moderna. Ellas tienen la responsabilidad de sostener un mundo y no pueden simplemente dejarlo caer. Necesitan urgentemente de un sustituto para la razón y la ciencia. Por eso acudieron al auxilio de la vieja teología católica, que junto con permitirles justificar con apariencia racional su predominio social, les proporciona la fe que requieren y el punto de apoyo sobrenatural que necesitan para ignorar el proceso de descomposición social que se produce ante sus ojos.

Esta resurrección del catolicismo como ideología de las clases dominantes, no aparece promovida en nuestros días por los restos, ya casi desaparecidos, de las antiguas castas feudales, sino por la burguesía decadente, urgentemente necesitada de alguna cosmovisión que afiance su dominio político y le devuelva la confianza en sí misma que requiere para mantener su predominio social.

Esta burguesía contemporánea, que ya no es optimista, tiende a aceptar las críticas que el catolicismo hace del mundo moderno por haberse alejado de Dios y a compartir su escepticismo en el logro de la felicidad humana en la tierra. La burguesía, al tornarse pesimista, ha recogido entonces a la concepción católica del mundo, que como visión pesimista de la vida terrena, le sirve a las mil maravillas como consejera y sostén.

Pero el catolicismo, si bien puede ser instrumentado por la burguesía para defender sus posiciones de clase y en tal sentido renacer a la historia con este nuevo papel, no puede ofrecer solución radical a la crisis objetiva de la sociedad contemporánea, como que es una ideología correspondiente a otra etapa ya transcurrida del devenir humano. Desde este punto de vista, el catolicismo es externo a la sociedad contemporánea. No la comprende ni puede racionalmente asimilarla. Su sentido le es ajeno. Podrá insistir en los males del presente, hacer incluso de ellos un prolijo inventario, pero no puede por deficiencia intrínseca e insuperable, apuntar a sus soluciones.

La respuesta a la crisis actual, la superación de los males presentes sólo puede provenir de alguien que, colocado dentro de la sociedad y sin compromisos con ella, sea al mismo tiempo encarnación de las posibilidades que esa sociedad ha generado y que no sabe cómo utilizar. Sólo la clase obrera y quienes se coloquen en su punto de vista, están en condiciones de dar esa respuesta histórica a la problemática contemporánea, como expresión de la inhumanidad humana que quiere humanizarse.

Esta rápida revista de la trayectoria del pensamiento burgués nos ha mostrado cómo su original ideal humanista ha naufragado en un mar de contradicciones e inconsecuencias.

Ya las clases dominantes no creen en el hombre. Lo demuestra su renuncia a la razón, su traición a la libertad, su olvido de la justicia, su oscuro pesimismo y, sobre todo, su pseudoreligiosidad interesada, que las ha determinado a correr presurosos en busca de un

Dios, en el que ya no creían, pero que ahora les resulta necesario para darles la ilusión de una fuerza y de un poder, que histórica e irreversiblemente han perdido.

El humanismo burgués ha hecho crisis. El único y verdadero humanismo, es el que se desprende de la acción liberadora de la clase obrera, elevada por el marxismo a la comprensión de su misión histórica. El humanismo verdadero deja así de ser una teoría, para devenir en práctica lúcida y en realización fecunda en las luchas sociales destinadas a edificar el socialismo y el comunismo.

Para la teología católica, esta tensión hacia la felicidad, hacia el bien, que impulsa la actividad de los combatientes por el socialismo en el mundo de hoy, esta aspiración al hombre total, lleva consigo, —como lo llevó el afán racionalista e individualista de la burguesía en su período ascendente— el pecado del orgullo. Es una nueva versión de la rebelión de los ángeles que no podrá tener, mutatis mutandi, sino resultados negativos. Y al querer alcanzar lo absoluto, de una sola vez y para siempre con el comunismo, el marxismo no sólo pecaría contra Dios, sino también se negaría a sí mismo, en la medida que ofrece al hombre, al alcance de la mano, una panacea universal que lo resuelve todo, poniendo de esta manera fin a la historia, y al desarrollo dialéctico de lo existente.

Desde luego, la ambición por el socialismo, no es una rebelión, sino una reivindicación. Rebelión es la protesta desesperada e impotente hacia una meta imposible, hacia un objetivo que escapa a las posibilidades de realizarse, y por lo mismo es ilusoria y utópica, en el verdadero sentido de esta palabra. La rebelión es, por tanto, ciega e infecunda.

Pero la tensión hacia el socialismo no es una rebelión. Es un esfuerzo por reivindicar al hombre. O sea, un esfuerzo por devolverle a la humanidad lo que ésta ha creado, pero que le ha sido enajenado en virtud de la dialéctica interna de su desarrollo. Es un empeño por restituir al hombre lo que él ha producido fuera de sí, reinsertándolo en su propia existencia, ahora para enaltecerlo y liberarlo. El socialismo reivindica al hombre lo suyo, importa en consecuencia un acto de Justicia. No se trata de alcanzar lo ajeno, lo que está más allá de sus virtualidades, sino lo que es obra suya, recomponiendo con ello, reintegrando y superando en este proceso, toda su naturaleza, haciéndola verdaderamente humana.

La historia, para el marxismo, no se de-

tiene con el socialismo y el comunismo. Más bien puede decirse que empieza. Que empieza teniendo por actor al hombre reivindicado a sí mismo, al hombre auténtico, al hombre que ya no es el enemigo natural ni social de su prójimo, sino su compañero solidario en una empresa que los compromete y una cada vez más.

Como afirma Henri Lefebvre, "el socialismo no resuelve todos los problemas del hombre; él inaugura por el contrario la época en la cual el hombre puede plantear en términos verdaderos los problemas humanos del co-

nocimiento, del amor y de la muerte".

Reivindicado el hombre a sí mismo en la sociedad comunista, consciente y dueño de sí, más poderoso que nunca, siempre tendrá sin embargo por delante la tarea de apropiarse cada vez más del mundo externo, de la naturaleza, del mañana.

Y en este proceso sin fin, mientras reste lo desconocido, lo ajeno, lo que vendrá, siempre habrá lugar para que el arte y la poesía proyecten hacia el futuro, misterioso y sublime, la tensión y el afán del hombre hacia el infinito, todavía inalcanzado.

NOVEDADES

FONDO DE CULTURA ECONOMICA, MEXICO

ERICH FROMM

Marx y su concepto del hombre. Manuscritos económico-filosóficos, Karl Marx (E^o 3,75. 272 pp.)

ERICH FROMM

Psicoanálisis de la Sociedad Contemporánea (E^o 5,38. 303 pp.)

JOHN STRACHEY

El Fin del Imperio (E^o 7,50. 407 pp.)

ALBERT O. HIRSCHMAN

La Estrategia del desarrollo económico (E^o 3,75. 210 pp.)

GERALD SIRKIN

Introducción a la teoría macro-económica (E^o 6,25. 315 pp.)

CELSO FURTADO

Formación Económica del Brasil (E^o 5,00. 260 pp.)

ROBERT TRIFFIN

El Oro y la Crisis del Dólar (E^o 5,00. 206 pp.)

CHARLES ODIER

El Hombre, esclavo de su inferioridad (E^o 4,75. 266 pp.)

EN VENTA: LIBRERIA LATINOAMERICANA

San Martín 136

SALA PLA

Estado 360 - 2^o Piso - Oficina 6